

Uno en el alma y en el cuerpo.

“Por eso abandonará el varón a su padre y su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. Ame cada uno a su cónyuge como a sí mismo” (Cfr. Ef 5,31.33)

P. Ricardo E. Facci

Si analizamos en profundidad nos impacta ver la calidad del amor puro de los esposos. Por eso, podemos decir que esto implica la santidad del amor humano. Es causa de una gran alegría cuando los esposos confeccionan el Sacramento del Matrimonio y como sacerdote siendo testigo en nombre de Dios los bendigo, abrazo y felicito. El gran valor que Dios tiene del matrimonio y de todo lo que constituye su vida cotidiana está confirmada en la presencia de Jesús, de María y de los Apóstoles en las bodas de Caná. Presencia significativa que hace que el Salvador santifica la grandeza del hogar.

El matrimonio es un sacramento que hace de dos almas una sola, de dos cuerpos una sola carne, como dice la Palabra de Dios. Así como la materia de la Eucaristía es el pan y el vino, del Bautismo el agua, del Sacramento matrimonial la materia es el ser de ambos, que incluye la entrega de los mismos cuerpos de los contrayentes. El Señor santifica y bendice el amor del esposo hacia la esposa y el de la esposa hacia su esposo, disponiendo no sólo la fusión de sus almas, sino la de sus cuerpos. Nadie debe desestimar este gran misterio, como lo llama San Pablo (Cfr. Ef 5,32).

El Creador nos ha hecho participar de varias potencialidades divinas, por ejemplo, la inteligencia, la voluntad, el conocimiento y la capacidad de amar; le ha dado al varón y a la mujer la posibilidad de demostrarse su gran amor y a la vez, la grandeza de que sus cuerpos estén dotados de la riqueza de engendrar, coparticipando de la obra creadora. De este modo, podemos decir que Dios ha querido servirse del matrimonio para que en el amor conyugal puedan los esposos experimentar el amor de Él y, además, traer nuevas criaturas al mundo. Esto nos enseña que el sexo no es malo, ni es una realidad vergonzosa, ni algo que se lo vea como travesura hasta en el mismo matrimonio, ni para tomarlo a la “chacota”¹, sino que es una maravilla de Dios.

El placer que conlleva es también obra creadora de Dios. Todo lo que estamos llamados a hacer tiene la carga del placer. Comer es un placer, así como beber, dormir, hacer nuestras necesidades fisiológicas, pasear, compartir una charla con un amigo, ver el logro de un trabajo terminado, la realización de un hijo en la culminación de una etapa, de un estudio, de un trabajo, alcanzar el objetivo de un proyecto o la compra de lo que estábamos necesitando. Mucho de lo que vivimos tiene su placer. El placer es una maravilla que Dios creó. El problema es cuando el fin que se busca es el placer por el placer mismo. Quien busca el placer en el sexo, cae en la lujuria; quien busca el regocijo tratando mal a los demás cae en la ira; cuando se exalta demasiado el propio “yo” se es conducido a la soberbia; quien busca más de lo necesario cae en la avaricia; aquel que en vez de alegrarse con los logros de los demás y el placer está en competir abraza la envidia; el que se apegaba a la “cama” se identifica con la pereza; quien come por el sólo placer de comer cae en la gula. El placer por el placer mismo conduce al pecado, la persona se descontrola. El problema de muchos jóvenes es que en la búsqueda del placer caen en caminos sin salida como el de la droga, el alcohol, el sexo libre, con todas las consecuencias negativas que esto acarrea. ¡Cuántos se unen como parejas informarles sólo para el placer, y el placer por sí mismo es incapaz de sostener una relación duradera!

En ese contexto, debemos decir que nuestra fe reconoce todo lo que hay de bello, de generoso, de santo, en lo que Dios ha creado. Nos enseña que la norma de nuestro vivir no debe ser la búsqueda egoísta del placer, porque el amor implica la renuncia y el sacrificio. Dios nos ha amado hasta la cruz, y como hemos dicho en otras oportunidades el amor matrimonial es también cruz. Por esta razón, hoy en el reino del individualismo y la búsqueda de que “nada duela”, hace que los proyectos matrimoniales y familiares de muchos jóvenes terminen en la frustración y la destrucción de lo que llamaban “amor”.

Las personas, los esposos, que están más pendientes de sí mismos, buscando su propia satisfacción, ponen en juego la felicidad matrimonial y la misma salvación porque el pecado se hace

presente. Así, también se construyen familias infelices y desgraciadas. Sólo quien se olvida de sí, y se entrega a Dios y a los demás, especialmente a su cónyuge, logrará la dicha y la felicidad que es anticipo del cielo.

El auténtico amor exige rectitud en todas las relaciones matrimoniales. Como dijimos, Dios ha dotado de placer y satisfacción a las diversas funciones de la vida humana, por lo tanto, son buenos. Pero si el ser humano, invirtiendo el orden de lo creado, busca el placer como valor último, despreciando el fin para lo que fue creado, lo desnaturaliza, convirtiéndolo en pecado.

La castidad, que es dominio de sí mismo, que no significa solamente continencia, sino ser dueño de uno mismo para vivir en plenitud desde un alma enamorada, es la virtud que mantiene el espíritu juvenil del amor matrimonial.

No existe amor matrimonial alegre si no se vive la virtud de la castidad, que respeta el misterio de la sexualidad que manifiesta el cariño que sustenta la vida familiar que ha generado la mismísima vida de los hijos. Los esposos jamás han de dejar de expresar el cariño, al contrario, esa es la base de la vida familiar. Lo que les pide el Señor es que se respeten y que sean mutuamente leales, que obren con delicadeza, con naturalidad, con modestia. Les diré también que las relaciones conyugales son dignas cuando son prueba de un verdadero amor.

Cuando la castidad conyugal está presente en el amor, la vida matrimonial es expresión de autenticidad, los esposos se comprenden y se sienten unidos; cuando la sexualidad se pervierte, la intimidad se destroza. Cuando los esposos edifican su convivencia sobre un cariño sincero y sobre la alegría de haber traído al mundo los hijos que Dios les haya dado la posibilidad de tener, aunque tuvieron que renunciar a comodidades personales y debieron poner la fe en Dios providente para formar una hermosa familia, es una garantía de felicidad.

La maravilla del matrimonio y, al mismo tiempo, su gran desafío es descubrir cómo se manifiesta el ser uno en el alma y en el cuerpo.

Oración

Señor Jesús,
nos has llamado a la vida matrimonial,
regalándonos un sin número de oportunidades para hacer crecer y manifestar nuestro amor,
especialmente el sexo y la sexualidad,
que siempre podamos vivirlos como entrega plena al otro,
buscando su bien y felicidad.

Ayúdanos a descubrir que en todo lo que es auténtico amor
está, también, conduciendo a la santidad de vida,
la cual comenzamos a vivir aquí y se prolonga con nuestro amor hacia la eternidad. Amén

Trabajo Alianza

- 1.- ¿Hemos descubierto la grandeza de lo que Dios nos regaló en la posibilidad del abrazo íntimo?
- 2.- ¿Buscamos agradar al cónyuge o en algunas oportunidades nos hemos buscado a nosotros mismos?
- 3.- ¿Educamos a nuestros hijos en el dominio de sí mismos? ¿Les enseñamos a respetar a las personas del otro sexo?
- 4.- ¿Descubrimos y ayudamos a descubrir que en la Creación Dios creó el sexo y en la Redención dio la oportunidad de que sea también instrumento de santidad?

Trabajo Bastón

- 1.- ¿Nos damos cuenta que el desenfreno actual de la vivencia del sexo empobrece la persona humana?
- 2.- ¿En qué consiste que no se aprecia todo el valor del sexo y de la sexualidad? ¿Falta formación? ¿Nos han entregado una falsa formación?
- 3.- ¿Cómo ayudar a las nuevas generaciones a entender el valor del sexo, del matrimonio, de la familia, en medio de una sociedad que busca destruir todos estos valores?
- 4.- ¿Cómo educar en la castidad a los jóvenes, para que se preparen del mejor modo posible para su futuro matrimonio?

Nota: 1.- Significa: broma o burla.